

La autoridad imperial iba á dar, ó los frutos que en Asia, ó los frutos que en Europa. En Asia, aquellos imperios inmensos concluyeron por enterrar á los pueblos en las arenas del desierto, y por hacer de las sociedades verdaderas necrópolis, de las razas verdaderas momias. En Europa, todo Imperio concluía por una catástrofe irreparable. El Imperio de Alejandro se disolvía en cuanto el héroe casi fabuloso espiraba en su lecho perfumado por los aromas del Oriente, y medido por las sirenas de Grecia. El Imperio romano llevaba la desesperación á sus Cé-

sares, la sensualidad á sus pueblos; y después de haber tropezado de orgía en orgía, acababa entre las irrupciones de los bárbaros. El inmenso Imperio español, más grande aún que el Imperio griego y el Imperio romano, se cayó, podrido y gangrenado, á pedazos, sobre la tierra de sus conquistas. El Imperio francés iba á dar dos veces los mismos resultados: el eclipse total de la libertad, el decaimiento de la conciencia, la guerra en todas partes, la ruina, la derrota, las invasiones, la desmembración, es decir, la muerte y la deshonra.

CAPITULO I.

DIFICULTADES EN ITALIA.

En este tiempo que historiamos parecia decaído en Italia, al ménos en el gobierno italiano, aquella profundísima mirada política, que llegaba hasta el fondo de los hechos y que preveía hasta las corrientes del porvenir. No se concibe sino por una irremediable decadencia ese empeño que el Parlamento italiano tenia en proclamar á Roma capital de Italia y ese empeño que tenia su gobierno en evitar que Roma llegase á adquirir tal capitalidad. Decretar por la autoridad del Parlamento una medida y evitarla luego por una convención con gobierno extranjero era demostrar al mundo que Italia, á pesar de los inmensos trabajos hechos por su independencia, permanecía en oprobiosa tutela. Impedir que Roma se constituyera independiente, oponiéndole el obstáculo del Pontificado era demostrar al mundo que la brecha por donde habian entrado los enemigos de Italia siempre en su nacionalidad, ha sido el Pontificado. Arrestar á Garibaldi en Asinara, después de haberlo herido en Aspromonte, era divorciar al Rey que acababa de ceñirse la corona

de Italia, una merced á Garibaldi, divorciarlo de toda popularidad. Consentir que el Papa allegase para sostenerse tropas en todas las naciones y no consentir que de Italia pasara, ni siquiera el primero de los soldados italianos, á combatir al Papa era una injusticia irritante. Resolver todas las cuestiones con gran pulso, la cuestion de Venecia como la cuestion de Nápoles, y estrellarse ante la cuestion de Roma era una prueba palmaria de flaqueza. Y cuenta que las cuestiones italianas nos interesan porque esta nacion es un manantial de brillantísimas inspiraciones, en el cual han refrescado sus lábios todos los que aman lo ideal en el mundo, y porque los hombres de Occidente sentimos en nuestra sangre, en nuestra palabra, en nuestro espíritu, la misteriosa filiación, en virtud de la cual procedemos de esa querida madre de las naciones latinas, que nos ha legado su lengua y su espíritu con ese carácter universalizador y artístico, timbre principal de nuestra raza. Pero las cuestiones que hasta ahora se han resuelto en Italia, han sido cuestiones nacionales.

Y lo que en aquella sazón se intentaba resolver, tenía además de su carácter nacional, un carácter humanitario. Roma era no solamente la cúspide hermosísima de esa gran pirámide que se llama la nación italiana, amasada con la sangre de tantos mártires ilustres, sino también la base de separación de la Iglesia y del Estado en todos los pueblos católicos. Desde el momento en que el Papa dejara de ser Rey, se planteaba por sí misma en Italia la cuestión completa de la separación entre la Iglesia y el Estado. Y desde el momento en que Roma, la capital del mundo católico, realizara este progreso incalculable en sí mismo, por una fatalidad, se realizaría también inmediatamente en todas las naciones católicas. La ley civil y la ley religiosa dejarían de estar unidas en ese adulterio que las esteriliza y las deshonra á ambas. Los cultos pasarían de leyes impuestas por el Estado á principios admitidos por la conciencia. Sería la religión lo que la religión debe ser, la interior relación del hombre con Dios, la norma moral independiente de todos los intereses mundanos, la casta musa del arte, la luz de los que creen, la fuerza interior de los que trabajan y de los que combaten, el consuelo de los que mueren, y la esperanza para más allá de la tumba.

Pero el gobierno italiano había convenido indirectamente en no hurgar á Roma para que fuera á pedir su independencia. ¿Cómo? Se preguntaban á una todos los liberales. ¿Querrán forzar á Roma á la servidumbre? ¿Se habrán convencido de que Roma está resignada á su esclavitud? Lo primero es altamente execrable. No se excitan las pasiones de un pueblo, no se le ofrece la doble perspectiva de ser cabeza de la patria emancipada, y ciudadano del derecho moderno para sacrificarlo en seguida á conveniencias diplomáticas. Lo segundo, la resignación de Roma sería terrible. Podría decirse que un pueblo había muerto; podría asegurarse que Italia llevaba un cadáver en su conciencia.

De cualquier manera, notábase cierto espíritu de reacción en el gobierno de Víctor Manuel, espíritu que comenzara desde el instante mismo de hallarse constituida la Italia. Las dinastías todas, aun las de origen más popular, son esencialmente reaccionarias. La casa de Hannover, triunfó en Inglaterra por los whigs y gobernó en los torys. Luis Felipe debió el poder al pueblo insurrecto en 1830 y gobernó hasta su caída en 1848 con la alta clase media. Víctor Manuel recibió de Garibaldi una corona, y le pagó con una bala. Pero hoy la reacción se consuma invocando aparentemente la libertad. Es la táctica de los poderes modernos. Hace un siglo combatían la revolución cara á cara, y hoy la combaten invocando sus mismos principios, sus mismas ideas. Cuando iba á espirar el plazo de la convención de Setiembre, escribió Ricasoli una carta excelente sobre la separación entre la Iglesia y el Estado. Resumíase en este documento con una ciencia magistral todas las razones que hay para desasir el Estado del yugo que le ha impuesto la Iglesia y á la Iglesia del yugo que le ha impuesto el Estado. Nada faltaba, ni los principios de justicia mediante los cuales, cada hombre sigue la voz de su conciencia y regula por sí mismo las relaciones con el mundo de lo sobrenatural y de lo infinito; ni el derecho que tiene el espíritu religioso á esteriorizarse, á manifestarse en un culto que debe ser libre; ni la conveniencia de descargar al Estado de ministerios impropios de su naturaleza; ni el porvenir que se abría á la Iglesia pudiendo organizarse sin la intervención del poder civil, enseñar y predicar sin la intervención del poder político; ni el ejemplo de los Estados Unidos, de ese grande ideal de las sociedades modernas, donde cada conciencia tiene su culto en el hogar de sus íntimos sentimientos y cada culto su lugar en el derecho, su espacio en aquella sociedad animada por todas las libertades.

La Iglesia separada del Estado ha sido el

deseo de toda mi vida, especialmente para nuestra desventurada España. No comprendo nada más abominable que forzar á la conciencia, por su naturaleza incoercible como el aire, á tener un culto, á tener una fé impuesta por la fuerza que no puede llegar, que no llegará nunca, hasta el secreto asilo de la conciencia. Del error de tener una religión impuesta por el Estado, nace el rebajamiento de los caracteres, la corrupción de las costumbres, la decadencia del sentido moral, la falta de inspiración en el arte, la falta de razón libre en la historia, la brutal indiferencia por esos problemas sublimes de lo infinito, de la eternidad, de la vida y de la muerte, que ora se resuelvan en un sentido, ora en otro, mantienen siempre en el espíritu el resplandor inextinguible y el aroma inmortal que solamente exparcan las poderosas creencias. Pero es preciso no falsear este principio. La mano que derribe el poder material de la Iglesia, es una mano sagrada que derriba en los abismos la última piedra del viejo castillo de la Edad Media, cuyas almenas han asallado una legión de héroes desde Abelardo hasta Lutero, á cuyos piés han muerto una legión de mártires desde Arnaldo de Brescia hasta Giordano Bruno. Mas tengamos en cuenta que es muy fácil avivar ese poder aparentando matarlo. Tengamos en cuenta que es muy fácil dar á la Iglesia una fuerza inmensa, si no se pone como contrapeso á su libertad que yo quiero completa, absoluta, la libertad de todos los demás cultos. La reforma de la emancipación de la Iglesia que Ricasoli proponía, ni era justa, ni era conveniente mientras no se quitase del Estatuto italiano un artículo que declara una religión oficial en el Estado. El día que este artículo se borre, el día que el problema religioso pueda resolverse libremente por cada conciencia, será también el día más feliz de nuestra historia. Y cuando se piensa que este gran derecho se puede anunciar al mundo desde el coliseo donde murieron los sagrados mártires del

Cristianismo, desde el Vaticano donde el heredero de los Césares bendijo las matanzas de San Bartolomé, la inmolación de los nuevos mártires de la conciencia humana; cuando se piensa que tan grande idea puede grabarse con la luz del espíritu libre en las mismas piedras donde Neron, Domiciano, Bonifacio VIII, Alejandro VI han grabado los principios de la intolerancia con el fuego de las hogueras, involuntariamente pronunciamos un *Sursum corda*, y bendecimos á Dios que nos ha permitido vivir en los tiempos de las grandes conquistas y de los universales derechos.

El Papa se defendía del progreso de los principios humanos, oponiéndoles el principio de la solidaridad teológica; y á campana herida, convocaba á todos los Obispos de la tierra á las sesiones de magno, de ecuménico concilio.

Los concilios ecuménicos se han reunido siempre en las crisis capitales de la vida; el de Jerusalén cuando era necesario unir en el espíritu religioso las dos razas que se dividen el mundo antiguo; y el de Nicea cuando era necesario verter sobre la cabeza de los bárbaros el agua del bautismo para inaugurar el mundo moderno. Pero estas asambleas no pueden ejercer influencia verdadera en la tierra sino sirviendo ó adelantándose al espíritu de su tiempo. ¿Qué iba á hacer el concilio ecuménico próximo á celebrarse en Roma? Oponer formidable negación á los principios civiles sobre que descansa la sociedad moderna después de la revolución. Uno de estos principios es el amplio, el humanitario de que individuos pertenecientes á distintas religiones, separados por creencias diversas ú opuestas, pueden formar una misma familia, una misma sociedad. Pues bien; la Iglesia quería oponer su veto á la libertad religiosa y al matrimonio civil. Otros de los principios más fecundos de nuestra sociedad es la independencia de la razón humana. Los pueblos, que no han sabido sostener este principio en frente de las bárbaras invasiones de la autoridad, no han descubierto ni una nue-